

Una nueva política

por Raúl J. Cerdeiras

Acontecimiento [...] es la decisión en acto de forzar la existencia, que se supondrá política, de trayectos y procedimientos capaces de sostener una nueva experiencia histórica de pensar-hacer la política

Acontecimiento, N° 1, julio, 1991, pág. 7.

Pensamos que lo que está fallando es una forma de hacer política, que hay que encontrar una nueva, que no tenemos una puta idea como sea esa forma nueva, pero sí de como no debe ser, y para dar con esa forma nueva necesitamos otras voces y otros pasos. Eso sí lo sabemos.

Subcomandante Marcos, Página/12,

14 de abril de 1996.

Una nueva política. Este es el empeño que durante cinco años y a través de 12 números ha comprometido a nuestra revista. Y hoy no estamos solos. Continuaremos.

Pensamos que la política no existe si no se la declara. Queremos con nuestra manera de pronunciarnos dejar las marcas que abran un rumbo inédito para el pensamiento político. Trabajamos a partir de lo que podríamos llamar los *a priori* de una política por venir. Es nuestra intención hacer un recorrido y un balance de esos puntos de partida.

La política necesita un gesto subjetivo

Para nosotros la política es un fenómeno de conciencia y, por lo tanto, remite esencialmente a lo subjetivo. El valor de esta premisa impide que se piense que la política se dirige a algo objetivo ya dado que habría que ir a buscar. No, el pensamiento político es del orden de la creación y no de la representación. Porque es del ámbito de los fenómenos de conciencia, *ella misma es una relación real* y no depende para constituirse de ningún vínculo de conocimiento o de desconocimiento. El ser de la política no se reduce a ser un conocimiento o un desconocimiento de una cierta realidad exterior a ella y en la que, en última instancia, se fundaría. La política es necesariamente un procedimiento de pensamiento *en interioridad* que se funda sobre sí misma. Entonces, la esencia de la política es excluir la representación y no puede tener nunca como figura la conciencia de un programa.

La política se constituye no por la existencia objetiva de problemas, sino por la especial manera subjetiva de posicionarse ante ellos.

La representación no es una figura de la política

Consideramos que todo planteamiento de la política en términos de representar-interpretar al pueblo, a la gente, en busca de solucionarle los problemas para alcanzar una cuota de felicidad, es la negación lisa y llana de la política. A este dispositivo lo llamamos "política del amo". Hoy constatamos esta degradación de la política cuando este discurso piadoso es estructuralmente asumido por la Iglesia. Colocar a los hombres como víctimas, a los partidos

políticos como mediadores y al Estado como amo desde donde se puede -previa ocupación violenta o legal- mejorar los asuntos de los sufrientes, es el cerrojo para que la invención política no pueda ser el lugar en donde los hombres y mujeres ejercen la libertad.

La teología de la liberación viene a suplantar naturalmente la experiencia de los movimientos socialistas, revolucionarios o reformistas, del pasado. Vaciando el nervio productor que hizo de estos *pensamientos* una radical innovación de la política -secuencia hoy día concluida- la teología de los pobres vuelve a reproducir el mismo modelo. La teología trabaja con tres términos: Mundo, Iglesia y Reino, los que corresponden a: sociedad actual, partido y sociedad comunista, en el dispositivo de las políticas socialistas. Para la teología, el Reino, es decir, la liberación última y total del hombre, sólo será posible cuando la historia llegue a su fin en Dios. Pero mientras tanto (y esta es su principal diferencia con la Iglesia "institucionalizada y de los ricos") se debe comenzar a edificar el Reino en este Mundo, que sería el lugar de su realización "en la historia", siendo la Iglesia el instrumento madre para llevarlo a cabo. La diferencia es que los comunistas afirmaban que la liberación total del hombre se realizaría en este mundo, mientras que la *culminación* de ese venturoso porvenir los teólogos lo sitúan en otro mundo, el del Reino.

La política es siempre "en situación"

Entonces, no hay política sin declaración política, pero al mismo tiempo, todo pronunciamiento es un pronunciamiento en una situación. Una situación que nunca podrá ser una situación total, universal, global. La política no se dirige más, como en la anterior secuencia marxista, a cambiar el orden mundial. Nosotros la pensamos con capacidad de inscripción y ruptura local.

Ahora bien, aquí tenemos un problema: ¿cómo conciliar el carácter no referencial, no representativo, de la declaración política con la afirmación que siempre la declaración se *refiere* a una situación? Esta es una cuestión de mucha importancia, porque en ella se juega una de las piezas más delicadas del nuevo dispositivo teórico que intentamos poner en circulación. El tema consiste en despejar el sentido del término *refiere*.

La declaración en situación es política precisamente porque no va dirigida al conocimiento, o interpretación, de ninguna circunstancia que constituya un dato real objetivo, capturable y transmisible mediante el conjunto de los discursos y saberes que estructuran a esa situación como siendo esa y no otra. La declaración es convocada por un vacío y no por un dato computable y *reconocible* como *perteneciendo* a la situación. Ese vacío, que da testimonio del carácter inconsistente de toda situación humana, se fija por lo que llamamos un *acontecimiento*, que es aquello que, suplementando fugazmente una situación, se inscribe generalmente con la marca de un nombre. No habiendo en los saberes que organizan la situación, ningún recurso para decidir si ese acontecimiento le pertenece o no a ella, sólo una intervención subjetiva y en apuesta puede zanjar la cuestión. Para nosotros es un acto de decisión libre que sostiene la posibilidad de lo imposible, que es el fondo mismo de la política.

Suplementando a la situación, el acontecimiento perfora su unidad intrínseca y denuncia la incapacidad de los saberes establecidos para hacerse cargo de él. Es vital y decisivo que los que apostaron al carácter de acontecimiento, de ese exceso desarticulador, los fieles a un acontecimiento, *inventen un pensamiento* que de consistencia a su apuesta, que produzca el desmembramiento de la vieja situación, y así comience una lucha cuya única legitimación consiste en no estar fundada en ninguna ley de la situación, y en quedar suspendida a sus propios efectos.

De esta forma el pensamiento hace una experiencia novedosa. Ahora, toda voz disonante que es difícil comunicar, que no cae dentro de las representaciones en curso, que descoloca a

todo lo colocado, se constituye en la posibilidad misma de la libertad política, es decir, la invención de trayectos de pensamiento político. Entonces, ¿a qué se *refiere* el pensamiento en situación? Aquello a lo que se *refiere* es al *vacío* mismo de la situación. Por eso no es representativo de nada. Por el contrario, a partir de sus nuevas declaraciones, de sus novedosos trayectos, *presenta* lo impresentable en el seno de la antigua situación. Es la esencia de este nuevo pensamiento de la política el presentar lo impresentable de toda situación.

Oposición o invención

Rechazamos toda expresión de la política que se edifique en forma dominante en la oposición contestataria. El terreno desde el cual se cimienta una oposición es diferente al que sostiene una invención. En efecto, la oposición no es una *posición*. La oposición se alimenta de un dispositivo que es consustancial con la *posición* que se intenta cuestionar. Sólo hay cambio de terreno cuando se pasa del "anti", o del "no" a nuevas afirmaciones que se sostienen autónomamente.

Lo que hoy se muestra como "política" en nuestro país, exhibe muy bien los pobres alcances de una acción basada en una oposición rezongona y malhumorada. Es común oír a los oficialismos decir que la "oposición" no tiene propuestas alternativas. Y es cierto, si entendemos por "alternativas", ideas radicalmente nuevas sobre las cuestiones en debate. Ni bien los opositores hacen la lista de sus propuestas aparece palpablemente su dependencia a las condiciones generales que estructuran la situación.

Una consecuencia que debe sacarse es que el pedido o la exigencia de "medidas concretas para solucionar los problemas concretos", es, en definitiva, un latiguillo de la no política, o política gestonaria de Estado. Somos conscientes que afirmaciones de este calibre arrojan, sobre nuestros hombros, la sospecha generalizada de ser algo así como "intelectuales que dan rienda suelta a sus elucubraciones alejados de toda realidad concreta". Sin embargo, el peligro está en seguir los dictados de una opinión generalizada que exige dar una "solución práctica" a los problemas de la gente; el peligro es ceder a la cantinela de que debemos hacer lo que la gente quiere y así diferenciarse de los gobernantes que no escuchan a la gente. El peligro es pensar que la política se divide entre los que están atentos a los reclamos de la gente y los que son sordos a los mismos. El peligro estriba en convertir a la política -encuestas de por medio- en una sucursal de la televisión y los medios, los que ya hace tiempo que se encargan de estar "siempre junto al pueblo", porque ese es el "canal de la gente" puesto que, en definitiva, "es muy bueno estar cerca". Si no nos desembarazamos de esta "realidad", la política está muerta. A subvertir esta situación está destinado gran parte de nuestro esfuerzo. Cuando afirmamos que la política es ante todo un pensamiento, queremos decir que el pensamiento es una práctica y que no hay otra práctica que no sea la que promueve un pensamiento. Arrojamus a la basura la vieja, idealista y reaccionaria, división entre teoría y práctica.

Si queremos producir una nueva idea de la política, debemos decir que la misma no pasa por solucionarle los problemas a la gente por medio de la gestión del Estado o de cualquier otra. Es imposible fundar una política en referencia a todo aquello que hoy en día se ha instalado como consecuencia, precisamente, de la radical ausencia de gestos políticos inventados. La política no puede ser una forma del asistencialismo social. El asistencialismo es una práctica orgánica con una concepción de la política que hemos decidido dar por clausurada. Dentro de esta visión se piensa a los hombres como víctimas y los políticos se proponen como sus representantes, ofreciéndoles soluciones a sus problemas a cambio de votos. El asistencialismo es un humanitarismo desubjetivante y debe ser reemplazado por una visión no victimaria de los hombres y mujeres, es decir, por una visión que haga hincapié

en la capacidad igual para todos, para rebelarse, para declarar lo nuevo, para advenir sujetos de un trayecto innovador de la política.

La acciones orgánicas a las opiniones no son innovaciones que produzcan prácticas inéditas. ¿Por qué? porque los discursos ideológicos son justificativos de lo que existe, incluso cuando se sitúan -ya lo dijimos- en el papel contestatario. Trabajan sobre una situación pero desde su misma lógica. Eso hace que su acción sea calculable, deducible y orgánica a su discurso, que es siempre un "saber acerca de", puesto que, en última instancia, éste último no es sino una descripción-justificación de esa práctica. En cambio, los caminos prácticos que abre una alternativa de pensamiento nuevo no se dan en la experiencia. El pensamiento inventivo también inventa su propia acción, y toda evaluación de ella será una cuestión interior a aquél.

Política y gestión

Sin embargo, ¿cómo pensar el lugar que adquiere la gestión, es decir las respuestas, a las peticiones concretas que día a día llevan a cabo infinidad de sectores *objetivamente* dañados por la violencia de todo tipo que ejerce este sistema regido, sin duda, por la lógica del capital?

Aquí no cabe otra alternativa que seguir fieles a nuestros puntos de partida. Todo lugar de lucha, toda acción de protesta, todo rechazo rebelde es potencialmente una situación para que se produzca la política, pero no porque se luche se hace necesariamente política. Tenemos que trazar una división entre lucha puramente gestinaria, que está íntegramente absorbida por la hegemonía del Estado, la negociación y el posibilismo, de la configuración de lo que llamamos política. Insistimos, si la política se reduce a representar a las víctimas para que mejoren su nivel de vida, entonces se renuncia a la política y se pasa al asistencialismo social, tan caro a los organismos mundiales, a los desembarcos militares con fines humanitarios y, en fin, a todo el espectáculo periodístico y televisivo que nos "desgarra" el corazón mostrando las "calamidades" de nuestra época. (Por ejemplo, hace poco Canal 13, que forma parte de la poderosa corporación capitalista "grupo Clarín", mostraba bajo la forma de una denuncia cómo se alimentaba con gatos la gente pobre de Rosario...).

Todo esto hay que diferenciarlo de los efectos que trae aparejada una nueva práctica política de emancipación. Únicamente ella tendrá la potencia de crear nuevas realidades políticas capaces de producir efectos reales en las situaciones concretas en donde se ubiquen los hombres y mujeres del pueblo. Es pues necesario pensar la relación entre política y gestión. Debemos desarrollar la división antes anunciada: una cosa es que la gestión (la representación de las víctimas) sea el fundamento de toda política posible -como hoy se proclama en casi todos los lugares del mundo- y otra muy distinta es la rebelión de las supuestas víctimas y la proclamación de nuevos discursos y nuevas ideas que cambian sustancialmente la situación anterior. Es decir, cuando existe una *causa* política la transformación de una situación cualquiera es inevitable, porque política y subversión de un orden son inseparables. Los enmarañados procesos de gestión para consolidar la nueva situación seguirán siendo políticos en la medida en que se mantenga el gesto político de emancipación como su causa. *Si se rompe el hilo que liga a la gestión con la ruptura política que fue su fundamento*, entonces concluyó la política y sólo queda la pura y simple integración.

Los zapatistas en Chiapas trabajan en la dirección que apuntamos. El ¡ya basta! de enero de 1994 y la declaración de una nueva política en curso, también son el sostén de una negociación en términos de conquistas reales para las comunidades sumergidas. Pero ¿en dónde radica el carácter político de esta experiencia? Evidentemente no en el resultado de la negociación, sino en la *causa que lo sostiene*. Es precisamente romper ese vínculo lo que

intenta hacer el gobierno mexicano. Buscan desactivar la potencia política que los *obligó* a ir a negociar *fuera* de su lugar natural: el Estado. De esa manera intentan llevar los reclamos al *interior* del juego de los factores de presión y de negociación propios del dispositivo gestor de la política. Ese sería el primer paso para disolver al acto político que se produjo, transformándolo en algo representable e integrable en el corazón de las políticas que tienen al Estado como su principal objetivo para modelar sus estrategias. Para que esto suceda, los ahora rebeldes deberían volver a su papel de víctimas y elegir a sus representantes para que ocupen los puestos de poder en el Estado. Pero los zapatistas han dicho que no quieren ocupar ningún puesto ni lugar en el Estado. Esta *subversiva idea dentro del pensamiento de la política*, es la roca en donde chocan todos los intentos del gobierno para normalizar la irrupción zapatista. Al mismo tiempo, también es la causa que impide que la transformación real de la situación, *que ya se realiza antes de cualquier negociación*, pueda reducirse a una simple propuesta que llevan adelante los "diputados o representantes" de las etnias postergadas.

La conclusión que se impone es que a una política digna de ese nombre, no se la juzga por los objetivos que les son exteriores, se la juzga por la capacidad que tienen sus propios principios para desplegar sus propios objetivos. El capitalismo, que además de un sistema económico de producción es esencialmente un *consenso*, soporta perfectamente una huelga porque pertenece a su propia dinámica. Pero, ¿puede tolerar maneras de pensar y actuar que evadan su lógica, que interrumpan el funcionamiento de los vínculos estatuidos, y que se construyan otros nuevos? Ahí está la potencia desligante de la política.

El pensamiento político de los zapatistas

Nuestra posición frente al EZLN pasa esencialmente por lo dicho en el N° 9 de *Acontecimiento*. Lo que aquí queremos reafirmar es nuestra convicción de que el zapatismo, tal cual se encarna en la experiencia de Chiapas, es la emergencia de un pensamiento nuevo de la política. Emergencia confusa y sin rumbo claro, como lo son todas las cosas destinadas a marcar esos puntos de no retorno en donde se tejen las grandes orientaciones del pensamiento.

Nuestro trayecto será sostenido por el discurso de Marcos pronunciado en la ceremonia de inauguración de la reunión preparatoria americana del "Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo". En primer lugar cabe preguntarse cómo se ubica el zapatismo respecto a lo que nosotros llamamos los "modos históricos de la política o existencia de secuencias políticas". Marcos dice sencillamente: "Somos el final, la continuación y el comienzo". Es decir, que hay algo que debe darse por terminado, la invención política que representaron las secuencias del marxismo, el leninismo y el maoísmo con todas las variantes que se cobijaron dentro de esos lineamientos. Debe hacerse un examen crítico del pasado para que no haya "impunidad para los errores ni relevo de dogmas en los pensamientos". No hay, dice, que "ofertar una nueva pesadilla de signo diferente".

Pero hay sin embargo una "continuidad". ¿Qué continúa? la "rebeldía". Dice Marcos: el sueño de la rebeldía "se repite de nuevo, igual pero diferente [...] El sueño que hoy nos convoca es ruptura y continuidad con ese sueño del Che Guevara". En efecto, una nueva y radical forma de pensar-hacer la política tendrá que estar en ruptura con aquello que ha concluido, pero al mismo tiempo deberá afirmar la esencia misma de la política: estar encaminada a la emancipación, a desligar los lazos de dominación. Entonces: ruptura con las formas pasadas, pero continuidad con el gesto de emancipación, porque la libertad se ejerce en la rebeldía, en la política.

Por último, hay un "comienzo". "Hay que construir algo nuevo pero diferente" afirma Marcos. Por eso nos convoca a *pensar* estos sueños. Dice: "Lo más importante de soñar en La

Realidad es saber qué es lo que termina, qué es lo que comienza y sobre todo, qué es lo que comienza". Para esta empresa los hombres deben colocarse "no como víctimas". Dice: "Tenemos que ir más allá de los lamentos y proponer nuevos caminos". Hay que afirmarse positivamente en lo que hacemos: "Que la imagen grotesca y terrible del enemigo que enfrentamos no opaque el espejo necesario para ver nuestro propio paso". Finalmente es en la lucha por principios que la humanidad se humaniza. Afirma Marcos: "La humanidad encuentra en la lucha contra la injusticia un escalón que la eleva, que la hace mejor, que la convierte en más humana".

La premisa fundamental

"Nosotros apostamos a una premisa fundamental: no a la toma del poder, no a los cargos gubernamentales, no a los puestos de elección popular, y vamos a ver qué tipos de políticos produce una organización de esa naturaleza". Así se expresa el zapatismo, (ver reportaje a Marcos en *Página/12* del 14-4-96. El resto de las citas pertenecen a esa misma fuente). No por algo llaman a esto la *premis fundamental*. Porque es la llave para desmontar el dispositivo representativo de la política. Por eso el zapatismo ha mantenido una conducta que es la declaración por cuenta propia. Nunca mostrarse como los representantes de un conjunto, de una entidad ya preconstituida. Sin embargo, todas las fuerzas y discursos organizados, todas las identidades constituidas, se acercan a los zapatistas para que los representen en sus discursos. El viejo espectro de la política, se posiciona como de costumbre, pensando a los hombres y mujeres como víctimas, buscan en el zapatismo, o exigen de él, una conducta representativa de sus intereses. Pero el pensamiento zapatista no cede, dice Marcos: "Pero las presiones sobre el zapatismo, de las que hablé en la clausura del Encuentro, en cuestiones políticas, también se dan en cuanto al manejo del lenguaje. Qué es lo que se debe decir, qué expresión es machista o sexista, cuál es feminista, y sentimos como que nos empiezan a acorralar."[...] "Eso es algo, lo digo honestamente, que cada vez torna más difícil escribir, cada vez se siente más que estás escribiendo para agradar a alguien o algo, y se corre el riesgo de perder la frescura, la que teníamos nosotros antes, cuando escribíamos y al que le gustó, le gustó y al que no, se chingó (*se jodió*)".

Sabemos que la operación de toda política regida por el Estado, o una política de Estado, tiende inmediatamente a la representación de todo lo que acaece en el plano social. Todo lo que se presenta debe inmediatamente ser representado como siendo tal o cual cosa, algo ya sabido o, por lo menos, ordenable dentro del cuadro de las posibilidades en circulación. Para nosotros, la esencia de la política es, justamente, poner en movimiento esos conjuntos que tienen la potencia de no dejarse circunscribir por ninguno de los predicados con los que cuenta la situación en donde esa presentación tuvo lugar. Eso es lo que exaspera a los políticos actuales (incluidos, y en primer lugar, a los de nuestra "izquierda"). Dice Marcos que "lo que es cierto (es que) tratan de encajonarnos bajo una etiqueta u otra". Pero el zapatismo hace la experiencia de lo nuevo, por eso mismo es para ellos, más que para ningún otro, algo mezcla de inabarcable y doloroso: "Pero esto de hacer algo nuevo, de encontrarnos en un terreno nuevo, es muy doloroso, muy doloroso, muy doloroso para aquellos con los que nos encontramos y muy doloroso para nosotros también".

Finalmente, si alguien ávido de *saber*, queriendo tranquilizar su posición de espectador, quizás pensando que puede ayudar a los zapatistas como si fueran los *objetos* merecedores de una donación humanitaria, preguntara ¿qué es, en definitiva, el zapatismo?, hay una respuesta, el subcomandante, lo ayuda: "Nosotros no podemos explicar, qué es lo que hizo posible eso. Sabemos lo que estamos haciendo y decimos 'algo pasó aquí', pero no hemos pensado todavía sobre lo que realmente ocurrió para que se produjera el zapatismo de 1994". Ese no saber acerca de las causas es la esencia de lo que nosotros llamamos *acontecimiento*.

Para una nueva militancia

Como corolario podemos arriesgar un pequeño número de principios a los que debería ajustarse una nueva militancia política:

- Jamás tratar a la gente como víctimas.
- Todos los hombres y mujeres, cualesquiera que fuesen las circunstancias fácticas de su vida, son capaces de pensar, esto es, de declarar de otra manera acerca de sus condiciones concretas de existencia.
- No proponerse como el que puede solucionarle los problemas concretos.
- No corresponder a las constantes demandas que siempre van dirigidas a que se ocupe el lugar del Amo.
- Siempre responder: ¿y usted qué piensa?
- Eliminar el número (la cantidad) para valorar cualquier cuestión política.
- Trabajar alrededor de los *puntos problemas* de cada situación. Un punto problema es aquél que no se puede negociar.
- Una reivindicación debe ser apoyada, no porque beneficie o haga feliz al que la obtenga, sino porque es *justa*.
- No hay que tratar de convencer a nadie. De lo que se trata es de hacer circular nuestra voz para que provoque efectos de interrupción y de ruptura.
- Lo decisivo es lo que aflora después de una intervención. Sobre eso hay que trabajar.